

comadre, que es su señora por la iglesia, yo de que ví volverse á mi comadre sola le dije—¿pues qué anda usted haciendo? y ella me dijo, pues allá dejé á Teodoro—¿pues qué se quedó haciendo? y ella me dijo—pues dice que va á ver lo que hace—¿por qué? le pregunté y mi comadre me dijo—pues dice que vido entrar en la fondita á los dos señores y luego salió y esque le dijo á mi comadre—oye, vete para el pueblo porque estos hombres están diciendo que van á matar al niño esta noche, y uno dice que lo echarán en la barranca, y otro que no, y las mujeres se están compadeciendo, y vete para allá, y voy á ver si hay aquí quien me ayude, porque ellos son dos y no tengas cuidado, pero no lo vayas á decir porque es comisión secreta la que me han dado—pero mi comadre siempre me lo dijo y es por la aflicción que tiene de que mi compadrito no parece pero yo digo que quizá será buena señal ó quién sabe si mala, porque algo ha de estar haciendo pos onde no ha venido.—

Gómez estaba horriblemente pálido había sentido un vuelco en el corazón y aunque había rechazado mil veces la idea de que Gabriel fuera su hijo, encontraba en sí mismo un presentimiento pertináz, un síntoma que él no podía apreciar; sentía que aquel niño era el fruto de sus amores con Salomé y recordaba en aquellos momentos, con una amargura que nunca creyó experimentar, que había dado orden á los bandidos de matar á Gabriel, si á las once de la noche no habían recibido una contraorden, con el portador, de algún dinero, es indudable para Gómez que sus cómplices habían ejecutado la orden.

Gómez había tenido dos impresiones profundas en su vida y estas impresiones eran su amor á Salomé y el momento en que Salomé iba á ser madre: desde entonces no había estado Gómez en peligro alguno sin acordarse de aquellos seres, la una ausente y el otro desconocido pero que le habían hecho amar tanto la vida.

Estas impresiones habían sido siempre

fugitivas, pero casi siempre precursoras de las embriagueces de Gómez, quien por lo común recurría á alegrarse con aguardiente cada vez que sus recuerdos lo ponían triste.

—Señores, señores, gritó una mujer desde la puerta, vengo á dar una declaración importante: por el amor de Dios que me dejen entrar, aquí estoy señor don Nestor, aquí estoy yo, Mariana, yo soy Mariana, señor don Máximo.

—Que dejen entrar á esa señora, señor, dijo don Máximo.

—Ábranse, dijo un centinela.

Y la mujer que había hablado penetró hasta cerca de los jueces.

—Vengo atribulada, dijo, Jesús María y José nos acompañe.

—¿Qué ha sucedido? preguntó el juez.

—Nada, señor de mi alma, que yo, con esta curiosidad que Dios me ha dado, no quedé conforme con lo de la otra noche y tenía el títere del dinero de mi amo; mi amo el señor don Santiago lo guardaba en un baul grande y según ví una noche esta-

ba el dinero en bultitos, en varios bultitos amarrados con cinta blanca.

—Cabal, dijo don Máximo, que yo lo ví cuando los volvió á guardar don Santiago.

—Ya se acuerdan ustedes dijo doña Mariana dirijiéndose á don Máximo y á don Antonio, ya se acuerdan ustedes que mi amo dijo que estaba muy convencido de que no debía entregar su dinero, y desde entonces, ni quién volviera á hablar de aquel asunto, y nos fuímos á acostar ¡pero estando en misa!... y es que María Santísima de la Soledad me lo inspiró por su infinita misericordia; estando en misa, dije, he de ver si ese baul grande está bien cerrado, no sea que un día ú otro vaya alguno á saber y entonces pueden robarnos: salí de misa y me fuí con el títere, pero, van ustedes á creer que se me olvidó? ya se vé, con todas estas cosas que suceden no piensa uno en nada: no me volví á acordar, cuando que ahora, señor de mi alma, ¡que me acuerdo! y dije, pues voy á ver el baul y ¿qué les parece á ustedes que ha sucedido? que

voy al baúl y me lo encuentro abierto, pues, sin la llave, aunque tenía la tapa cerrada, y dije para mí—si habrán robado al amo y si veré y si no veré, hasta que por fin dije, no es bueno ser curiosa, pero vale más desengañarse; ¡y que abro la tapa, señor de mi alma! y que me encuentro con que ya no estaban los bultitos, entonces empecé á buscar, pero no había más que papeles y algunas taleguitas vacías.

—¡Qué haré, Dios mío! me dije, si habrán robado á mi amo, si habrá puesto su dinero en otra parte, ó si se lo habrá dado á los.... á esos señores que lo plagiaron, y dije: pues voy á desengañarme y le pregunté entonces al criado que duerme en el zaguán, y el hombre me dijo que había salido mi amo, sólo, una noche ya muy tarde, que había salido dos veces y había vuelto á entrar, y entonces dije, pues es seguro que mi amo ha salido para entregar el dinero.

—Señor don Santiago, dijo el juez.

—Es cierto, señor juez; dijo D. Santiago, al fin he dado el dinero.

—¡Arruinado! exclamó doña Mariana.

—¿En dónde está ese dinero? preguntó el juez al reo.

—Yo no lo sé, ni he recibido nada.

—¿Es al señor, preguntó el juez refiriéndose á Gómez á quien le entregó usted el dinero?

—No podría asegurarlo, contestó don Santiago, yo he dado el dinero á dos hombres que tenían la cara cubierta.

—Alguna seña, insistió el juez.

—No puedo darla.

—¿Á qué hora entregó usted el dinero?

—Después de las doce de la noche.

—¿En qué calle?

—En la calle sola, formada por dos tapias que sale para el potrero.

—¿Esa dirección tomaron los bandidos?

—Creo que sí.

El juez pareció reflexionar profundamente y reinó el silencio en la sala.

---